



XII

Epílogo.

.....
—Y en seguida de esa conversación ¿la pobre niña partió para ese paseo á Porto, donde cogió esa fiebre perniciosa?—preguntó Montfanón.

En seguida—respondió Dorsenne;—y lo que hay de horrible para mí en esto, es que yo no puedo dudar que fué con intención. Quedé tan conmovido después de nuestra conversación, que no me sentí con fuerzas para abandonar Roma aquella misma noche, como la había anunciado. Después de muchas vacilaciones, usted las comprenderá ahora que se lo he contado todo, volví á la villa Steno á eso de las seis. Para hablar: pero ¿de qué? Esto era una locu-

ra, pues su inocente confesión no pedía más que dos respuestas: ó la que le había dado, ó una petición de matrimonio. ¡Ah! Yo no razonaba tanto. Tenía miedo. ¿De qué? No lo sabía. Llegué, pues, á la villa, donde encontré á la Condesa, alegre y feliz en compañía del americano. Mi hija, me dijo á mi primera pregunta, ha rehusado ir á la embajada de Inglaterra, donde se hubiera divertido, y ha ido á pasear sola y á soñar en el campo. ¿Quiere usted esperar-la? Y esperé hasta más de las siete y media, hablando de asuntos sin importancia, cuando sentía el deseo, casi la necesidad de gritar á aquella inconsciente que no notaba que pasaba el tiempo: Pero, desgraciada; tu hija sufre por culpa tuya y de tu amante. ¡Huye de su casa para huir de vosotros, y tu no sospechas nada! En fin, ella comenzó á inquietarse, y yo, no viendo volver á nadie, me despedí, con el corazón oprimido por un terrible presentimiento. El carruaje de Alba se detenía á la puerta en el momento mismo en que yo salía. Estaba tan pálida, con un color siniestro, casi verde, que me hizo decirle: ¿De dónde viene usted? como si tuviera derecho para hacerlo. Su boca, ya descolorida, tembló para responderme. Cuando supe que había estado á aquella hora en el lago más malsano tal vez de los alrededores: ¡Qué imprudencia!, dije. Nunca se me olvidará la mirada que clavó en mí al responderme:—Diga usted ¡qué juicio! y desee usted conmigo que haya tomado la fiebre y me mate.—Sabe usted el resto y cómo ha sido satisfecho su afán. Ella había tomado aquella fiebre, y tan aguda, que la ha matado en menos de seis días. Y yo no puedo dudar: esto ha sido un suicidio. Me ha llamado antes de morir, no la he comprendido, y ha ido á buscar la única forma de muerte que no permite al mundo,

y sobre todo á su madre, adivinar la verdad. Yo he podido impedirlo y no lo he hecho.

—¿Y esa madre—preguntó Montfanón—ha comprendido al fin?

—Absolutamente nada—respondió Dorsenne.—Parece inconcebible, pero es así. ¡Ah! En verdad, es la digna amiga de ese Hafner á quien la ruptura del matrimonio de su hija no ha hecho perder la brújula, á pesar del chasco, pues me olvidaba de decirle á usted que acaba de vender el palacio Castagna á una sociedad anónima para transformarle en un hotel. Me río, continuó con una acritud singular, para no llorar, pues llego á lo más triste. ¿Sabe usted cuándo y cómo he visto por último el pobre rostro de Alba Steno? Hace tres días, al siguiente de su muerte. Había ido á saber noticias de la Condesa. ¡Ella recibía! ¿Quiere usted despedirse de ella?—me preguntó.—Lincoln está ocupado en sacar en yeso el rostro de mi hija. He entrado en el cuarto donde estaba la muerta. Tenía los ojos cerrados, las mejillas marchitas, la nariz afilada, y en torno de su frente y en el pliegue de su boca una mezcla de amargura y de reposo que no acierto á describir. Tampoco puedo expresar lo que fué para mí pensar:—Si tu hubieras querido hace seis días, ella viviría, sonreiría, te amaría! El americano estaba junto al lecho, mientras que Florent Chaprón, siempre fiel é inconsciente, preparaba aceite para preparar el rostro de la muerta, y esa siniestra Lydia Maitland miraba la escena con unos ojos que me han hecho temblar, recordando lo que había adivinado en mi última conversación con Alba. Si ella no piensa vengarse de la Condesa, no entiendo palabra de la expresión de las fisonomías. Por el momento callaba todavía, y adivine usted la frase

única que la madre ha encontrado cuando su amante por causa del que tanto ha sufrido su hija, se ha aproximado á su común víctima: — Sobre todo no la estropee usted esas hermosas cejas. ... — Esto



es de una ironía terrible, ¿no es verdad? ¡Terrible!

Dejóse el joven caer sobre el banco, arrojando este grito de angustia y remordimiento, que Montfanón repitió maquinalmente, como aterrado por la trágica confidencia que acababa de recibir:

— ¡Sí! ¡Es terrible!

Aquella conversación, tan diferente de la que habían tenido algunas semanas antes, en una clara mañana de primeros de Mayo, en el ángulo de la colle Borgoñona y de la plaza de España, se efectuaba en un paseo separado de los jardines del Vaticano.

Montfanón, que había recibido por la mañana la visita de Dorsenne, de nuevo á punto de regresar á París—definitivamente esta vez,—había encontrado al escritor tan triste, que le había obligado á almorzar con él, acompañándole después á algunas diligencias, y conduciéndole, al fin, á aquel sitio, muy particular y de difícil acceso, con la esperanza de levantarle de su gran postración y divertir su curiosidad. Veinte veces, durante el invierno, le había Julián pedido el favor de aquella visita, y veinte veces el antiguo zuavo, á quien sus relaciones con la corte pontifical permitían entrar cuando quisiera en aquel jardín, había declinado la responsabilidad de introducir allí á un extraño. Preciso era que sintiese profunda amistad por Dorsenne de una parte, y de otra que le inspirase éste mucha inquietud para haber roto este escrúpulo. Por lo demás, aquel paseo no había tenido más resultado que darle á conocer el trágico fin de Alba, con todos los detalles que el novelista conocía, y que, aunque no fuesen todo el caso, bastaban para que el bravo y tierno corazón del gentil hombre se conmoviese hasta el fondo. Hubiera él querido encontrar palabras capaces de consolar á su amigo. Pero, ¿qué decirle cuando le juzgaba tan criminal por haber imprudentemente jugado, por epicurismo sentimental, con el alma enferma de la pobre Alba? Además, su conciencia de ferviente cristiano le acusaba del papel que él mismo había aceptado en el duelo

entre Gorka y Chaprón, puesto que, determinando este duelo la marcha de Boleslas y de su mujer, había contribuido á esclarecer los hechos ante Alba; de suerte que él también, Montfanón, aunque en pequeña escala, estaba mezclado á aquel suicidio. Y él se callaba. Tal vez tanto el creyente como el escéptico, estaban conmovidos por la melancólica atmósfera del sitio en que acababan de evocar el cruel desenlace de la tragedia en que en diverso grado habían representado el papel de actores. Los macizos de las sombrías encinas verdes temblaban en torno de ellos. Ningún rumor se escuchaba aparte del ruido de estas hojas y la monótona queja de una cercana fuente en aquel sitio, rodeado por los antiguos muros de Roma de un lado, y por la inmóvil cúpula de San Pedro de otro. Los únicos huéspedes del jardín pontifical parecían ser, aparte de los dos paseantes, los dioses de mármol esparcidos por los bosques, restos del arte pagano colocados bajo la sombra de la gran basílica por la fantasía de los Papas del Renacimiento, tal vez por orden de aquel León X que tuvo en estos jardines su corte de delicados poetas y gloriosos artistas. Bajo el implacable y ya tórrido cielo de la tarde, aquel pueblo de blancas estatuas añadía á la soledad del sitio la solemnidad de un pasado grande y ruinoso. Las imágenes de los dioses, ¿no habían en otra época asistido á la caída de su Olimpo y de su culto, para asistir hoy como testigos mudos á la desposesión del Vicario de Aquel que les destruyó? En los ángulos de los paseos urnas gigantescas, y también de mármol, dibujaban su esbeltez elegante. Las hierbas se desbordaban agitadas por el viento; verdor más vivo sobre el fondo como muerto del verdor imperecedero de los boj y encinas. Estas jóve-

nes plantas parecían palpitar y como sufrir por estar aprisionadas en aquel cercado, que, en efecto, es una prisión, aunque voluntaria, el último pedazo de suelo y de Naturaleza dejado al augusto vencido del Vaticano. Nunca Montfanón había sentido más que en aquel instante la poesía de aquellos jardines, únicos en el mundo, y la tristeza que se exhalaba de sus mudos sotos, de sus estrechos *parterres*, de sus fuentes y terrazas, desde las que se ve la muralla y también innumerables chimeneas de fábricas, símbolo brutal de la victoriosa actividad moderna. El hombre enérgico y franco que vivía en el antiguo conjurado, acabó por no poder soportar aquella opresora sensación, y bruscamente, después de haber sacudido varias veces su cabeza gris, obligó á Dorsenne á que se levantara, diciéndole:

—Vamos, Julián. ¿Vamos á permanecer aquí toda la tarde soñando y suspirando como dos mujercillas? Esa niña ha muerto. No la volveremos á la vida, ni usted desesperándose, ni yo compadeciendo su pena. Mejor haríamos en mirar frente á frente la responsabilidad que nos alcanza en esta siniestra aventura, y arrepentirnos y expiar la culpa.

—¿Nuestra responsabilidad?—preguntó Dorsenne.—En verdad á mí me alcanza, aunque no pude adivinar las consecuencias de mi respuesta. Pero á usted...

—También á mí—respondió Montfanón.—Yo no soy un sofista y tengo la costumbre de no obrar con segunda frente á mi conciencia.—Sí ó no,—insistió volviendo á su exaltación habitual.—¿Salí yo de las catacumbas para arreglar ese desdichado duelo? Sí ó no; ¿he cedido á la cólera que se me subió á la

cabeza cuando supe el indigno matrimonio de Ardea y me encontré en presencia de ese equívoco Hafner? Si ó no; ¿ese duelo ha contribuido á demostrar los hechos de su marido á la señora Gorka, y por consecuencia á la señorita Steno los de su madre? ¿Usted mismo no me ha referido el progreso de su angustia desde el escándalo? Y si yo he sentido horror al recibir la noticia de ese suicidio, sépalo usted, es, sobre todo, porque una voz interior me grita: ¡Hay sobre tus manos algunas lágrimas de esa muerta!

—¡No, pobre amigo!—interrumpió Dorsenne.—¿De dónde deduce usted semejantes razonamientos? Nuestra acción entra, por vía de consecuencia indirecta, en una multitud de acciones que no nos incumben, y admitiendo que tengamos algo de responsabilidad, ésta comienza y acaba en lo que hemos hecho directa, precisamente.

—Eso sería muy cómodo,—replicó el Marqués con más vivacidad todavía,—pero la prueba de que no es verdad, es que usted mismo se siente agitado por los remordimientos por no haber cuidado delicadamente el alma de esa niña sin defensa. ¡Ah! no me oculto la verdad, ni se la ocultaré á usted. ¿Se acuerda usted de la mañana en que usted estaba tan alegre exponiéndome su teoría del cosmopolitismo? Como perfecto *dilettante*, le divertía á usted, según dijo, asistir á uno de esos dramas de razas que ponen en juego personajes venidos de distintos puntos de la tierra y de la historia, y usted me trazó entonces un programa justo, á fe mía, pues los hechos se han encargado de realizarle casi por completo. La señora Steno se ha conducido, en efecto, entre sus dos amantes como una veneciana del tiempo del Aretin; Chaprón, con todo el ciego sacri-

ficio del descendiente de una raza oprimida; su hermana, con el odio feroz de una sublevada que sacude el yugo, puesto que usted cree que ella ha escrito las cartas anónimas. Hafner y Ardea han mostrado al desnudo sus almas detestables; la una de infame usurero, medio alemán, medio holandés; la otra de gentil hombre degradado, en quien revive algún antiguo condotiero. Gorka ha sido bravo é insensato, como toda Polonia; su mujer implacable y leal como toda Inglaterra. Maitland, el ser práctico, insensible y voluntario como toda la América. Y la pobre Alba ha concluido como su verdadero padre. No le hablo á usted de la hija del Barón Hafner.—Y levantó su sombrero. Después, con voz alterada, continuó:

—Es una santa respecto á la cual me he engañado. Tiene sangre judía en las venas, de esa sangre que ha sido la del pueblo de Dios. Debí acordarme de ésto y de la hermosa leyenda de la Edad Media: “Las mujeres judías serán salvadas porque han llorado en secreto á Nuestro Señor.” Usted me dibujó por adelantado el escenario del drama al que hemos estado mezclados. Y yo le decía á usted:—¿Pero no hay en él un alma á la que usted pudiera ayudar á ser buena?—Usted se rió de mí. Por política no me trató usted de filisteo, de clerizonte. Usted no quería ser más que espectador, el señor del palco que limpia los cristales de sus gemelos para no perder nada de la comedia. Pues bien. No ha podido usted serlo. Esto no está permitido al hombre. Es preciso que haga algo, que trabaje siempre, hasta cuando cree mirar solamente, hasta cuando se lava las manos como Pilatos, ese *dilettante* también que decía la frase de sus maestros de usted y de usted.—¿Qué es la verdad?—La verdad es que siempre y en to-

das partes hay que cumplir un deber. El mío, impedir ese duelo criminal. El de usted, no ocuparse más de esa joven, si no la amaba usted, ó casarse con ella si la amaba. Uno y otro hemos faltado, ¡y á qué precio!

—Es usted duro—dijo el joven.—Pero aunque usted tuviera razón, ¿estaría Alba menos muerta? ¿De qué sirve que yo sepa todo lo que he debido hacer, cuando es demasiado tarde?

—Sirve para no volver á empezar y para que se juzgue usted á sí mismo y juzgue su vida. Yo le quiero á usted tiernamente, Dorsenne; usted lo sabe, y es quizá la última vez que le hablo á fondo, porque yo duraré poco, ¿y acaso volverá usted á Roma, donde le espera ese fantasma? Cuando yo le hablaba á usted de mi odio por esos cosmopolitas que le encantaban á usted, entonces me expresaba mal. Un soldado viejo no es un filósofo. Lo que yo odiaba, lo que odio en ellos, es que representan el fin de unas razas, que son los consumidores de fuerzas heredadas y adquiridas por otros, los dilapidadores de un bien, del que abusan sin aumentarle; aquellos de los que descienden han trabajado, con verdadero trabajo, el que adiciona sobre un mismo sitio el esfuerzo de los hijos y el de los padres. Este trabajo que hace las familias, y las familias hacen los países, las razas. Los cosmopolitas de usted no fundan nada, ni siembran nada, ni fecundan nada. Gozan únicamente; y cuando este gozo no ataca más que á la sensación y al sentimiento, aún no existe el mal más que á medias, pero cuando ataca al pensamiento, como en usted y en todos los *dilettantes* de su escuela, aparece el gran pecado intelectual, uno de esos de los que se ha dicho que nunca serán perdonados. Yo le he estudiado á usted bien y se lo

puedo decir á usted, yo que ruego, yo que he rogado por usted desde que le he conocido verdaderamente. Hace un momento se ha indignado usted de la frase pronunciada por esa madre inconsciente sobre su hija muerta: “No le estropee usted sus hermosas cejas.” Y usted, ¿qué hace usted con el alma humana sino vaciarla en sus libros, un poco por vanidad de autor, aunque le hago á usted la justicia de que no mucho, y otro por voluptuosidad de la inteligencia? Esta voluptuosidad es para usted el único motivo, el solo objeto de su existencia, el término del universo entero. Millares de generaciones han sufrido, han llorado, han luchado, se han exterminado por la alegría de ese estremecimiento que da á usted su pensamiento. A este estremecimiento, á este espasmo cerebral, ha sacrificado usted á Alba, como hubiera usted sacrificado á su mejor amigo, á su madre, á su padre, si viviesen. El bien y el mal, el dolor y la alegría, todo es materia para usted en ese juego de su talento, que encuentro tan monstruoso como el de Nerón quemando á Roma; en ese abuso de un don sagrado, del que se le pedirá á usted una cuenta terrible, á usted y á sus antecesores, pues de todos los egoismos este es el peor, el que degrada el más alto poder del alma hasta convertirle en un instrumento del más estéril é inhumano placer.

—Cierto es lo que usted dice—respondió Dorsenne,—pero se engaña usted si cree que los más intransigentes intelectuales de nuestra época no han sufrido también por este abuso del pensamiento. ¿Qué hacer? Es la enfermedad de un siglo demasiado cultivado, y no tiene cura.

—Tiene una—interrumpió Montfanón—que usted no quiere ver. No me negará usted que Balzac

fué el más atrevido de los escritores modernos, y voy á citarle á usted, yo, un ignorante, la frase que domina en su obra: "El pensamiento, principio de los males y los bienes, no puede ser preparado, domado y dirigido más que por la religión." Espere usted—continuó, cogiendo de repente á su compañero por el brazo y obligándole á mirar á un paseo transversal al través de los setos.—He ahí al médico que posee el remedio para esta enfermedad del alma como para todas las demás. No se muestre usted. Se habrá olvidado nuestra presencia. Pero mire usted, mire usted. ¡Ah! ¡Qué encuentro!

El personaje que acababa de aparecer súbitamente en el cuadro de aquel melancólico jardín desierto y de un modo como sobrenatural, pues su presencia hacía un comentario al discurso del apasionado gentil hombre, era el Santo Padre en disposición de subir al coche, para su paseo acostumbrado. Dorsenne, que no conocía á León XIII más que por fotografías, vió un viejo encorvado, cuya sotana blanca brillaba bajo el manto rojo, y que se apoyaba con un brazo en un prelado de su corte, y con el otro en uno de sus oficiales. Mientras se ocultaba, siguiendo la recomendación de Montfanón, á fin de no atraer una reprimenda sobre los guardianes, pudo estudiar el delicado perfil del Soberano Pontífice, que se detuvo ante un cuadro de rosas á hablar familiarmente con un jardinero arrodillado. Vió la sonrisa, infinitamente indulgente de aquella boca espiritual, el brillo de aquellos ojos que parecen justificar el *lumen in celo*, aplicado al sucesor de Pío IX por una célebre profecía. Vió la mano venerable, aquella pálida mano diáfana que se levanta para dar la bendición solemne con tanta majestad, dirigirse á una espléndida rosa amarilla y tocar la

flor, sin cortarla, como para no matar una débil criatura de Dios. El viejo Papa aspiró un segundo la rosa y volvió á dirigirse hacia el carruaje, cuya silueta se distinguía vagamente entre las encinas verdes. Los caballos negros partieron al trote, que en seguida se hizo extremadamente rápido, y Dorsenne, volviéndose á Montfanón, vió gruesas lágrimas en el borde de los párpados del antiguo zuavo, que, olvidando el resto de su conversación, dijo suspirando:

—Y he aquí el único placer del que es el sucesor del primer Apóstol: respirar sus flores y andar leguas y leguas en coche tan rápidamente como pueden los caballos. Se ha hecho cuatro kilómetros de un camino que vuelve sobre él mismo al pie de la terraza donde estábamos hace media hora. Y él va por él haciéndose la ilusión del vasto espacio que le está prohibido. He visto muchos espectáculos trágicos en mi vida. He estado en la guerra, y he pasado una noche entera herido sobre un campo de batalla cubierto de nieve, entre los muertos, rozado por las ruedas de la artillería de los vencedores, que desfilaron cantando. Nada me ha conmovido tanto como el paseo de este anciano, que jamás ha proferido una queja, y que no tiene más que este pedazo de tierra donde moverse libremente. Pero hay una frase magnífica que el santo hombre ha escrito de su puño y letra bajo su retrato para un misionario. Es de Tertuliano. Esta frase explica su vida: *Debitricem martyrii fidem*: la fe obliga al martirio.

—*Debitricem martyrii fidem*—repitió Dorsenne.—Es hermoso, en efecto.—Y añadió con voz profunda: Usted ha tratado rudamente á los *dilettantes* y á los escépticos hace un momento. Pero, ¿piensa usted

que hay uno sólo que rehusase el martirio si al mismo tiempo tenía la fe?

Jamás Montfanón había oído decir al joven una frase parecida en aquel tono. Por contraste, á su pensamiento vino la imagen del Dorsenne burlón, del *dandy* de las letras, tan alegremente sofisticado y mofador, para quien la antigua y venerable Roma no era más que una ciudad de placer, una *Cosmópolis* más paradójal que Florencia, Niza, Biarritz, Saint-Moritz, que cualquier otra de invierno ó verano internacional. Comprendió que, por primera vez, aquella alma estaba herida en lo más hondo. La trágica muerte de la pobre Alba iba á ser en la conciencia del escritor el punto de remordimiento, en torno del que giraría la vida moral de aquel ser superior é incompleto, libre hasta entonces de la humanidad sencilla por el más invencible orgullo del talento. Como Montfanón era, al mismo tiempo que un cristiano ferviente, un tierno amigo, comprendió que toda nueva palabra haría daño á un corazón tan herido. Ya le había sermoneado duramente. Sin replicarle nada tomó el brazo del joven y le apretó silenciosamente, poniendo en esta viril caricia todo el calor y la discreta compasión de un hermano mayor.

FIN

Sienne.—París, Mayo-Octubre 1892.

BIBLIOTECA SELECTA CONTEMPORÁNEA

OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas.
J. Claretie. Los millones, un tomo	2,—
A. Saulière. La pecadora, un tomo.....	2,—
J. Peyrebrune. La señorita de Tremor, un tomo	2,—
A. Ghislanzoni. Emilia Redenti (historia de una prima donna), un tomo	2,—
J. Mary. Un casamiento á viva fuerza, un tomo.....	2,—
— Yo te amo!, un tomo.....	2,—
— Los amores en París, un tomo	2,—
— El beso, un tomo	2,—
— Un casamiento extraño, un tomo.....	2,—
— La Charca de las Corzas, un tomo.....	2,—
— La prórroga, un tomo	2,—
— Honor por honor, un tomo.....	2,—
— Roger Laroque, un tomo.....	2,—
— Madre culpable, un tomo	2,—
— ¡A pesar de todo!, un tomo.....	2,—
— El secreto de Rouquin, un tomo.....	2,—
— El pasado, un tomo	2,—
— El crimen de una madre, un tomo.....	2,—
— Premio y castigo, un tomo	2,—
C. Merouvel. El divorcio de la Condesa, un tomo...	2,—
— Teresa Valignat, un tomo.....	2,—
— La Rosa de los Mercados, un tomo	2,—
— Corazón de oro, un tomo.....	2,—
M. Lara. El señor de Pérez, un tomo.....	2,—
C. Coello. Cuentos inverosímiles, un tomo	2,—
P. Loti. La novela de un niño, un tomo.....	2,—
Guy de Maupassant. Nuestro corazón, dos tomos á	2,—
J. Ortega Munilla. Panza-al-Trote, un tomo	2,—
— Cleopatra Pérez, un tomo.....	2,—
— Lucío Téllez, un tomo.....	2,—
P. Bourget. Un corazón de mujer, un tomo.....	2,—